



1944

Jesús Albarrán

1944



Primera edición: septiembre de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Jesús Albarrán

ISBN: 979-13-88411-22-9

ISBN digital: 979-13-88411-23-6

Depósito legal: M-21593-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*Dedico este relato a quienes reconocen que la vida real no es un
cúmulo de perfecciones.
Saben que solo con arrojo y valentía se superan los fracasos
y que rendirse no es una opción.*

TRASFONDO:

lo que está o parece estar más allá del fondo visible de una cosa,
o detrás de la apariencia o de la intención de una acción humana.

3 de octubre de 1944

Pirineos navarros. Cerca de la frontera franco-española

—¡Bang...! ¡Bang!

Los dos amigos bajaban despreocupados admirando el montañoso paisaje pirenaico que los rodeaba. Al oír los tiros se sobresaltaron.

—¡Gabino, al suelo...! ¡Al suelo...! ¡Agáchate, coño...! ¿Qué haces de pie...? ¿Es que no los oyes...? ¡Tírate al suelo, joder, que te van a volar la cabeza! —le gritó Ramón alarmado, al mismo tiempo que lo empujaba hacia un lugar menos expuesto.

Al oír los disparos, por instinto, Ramón se había echado al suelo; Gabino se quedó de pie, paralizado, mirando a todas partes y sin saber reaccionar. Ramón, agarrándolo de la manga de su guerrera, de un tirón le hizo perder el equilibrio y caer.

—¡Tumbate detrás de ese talud y no asomes la cabeza!

Gabino, asustado al oír a su compañero, reptó por el suelo y se protegió tras una piedra que sobresalía del talud que, a su derecha, los ocultaba del valle. Era de allí de donde podían suponer que provenían los disparos. Ramón lo hizo a su lado. Ya no solo para ocultarse también, sino, además, para evitar que su novato compañero, movido por la curiosidad y la inexperiencia, delatase su posición.

—¡Estate quieto ahí...!, ¡tumbate bocabajo...! ¡Y no te muevas! —le gritó al tiempo que le ponía la mano sobre su espalda y lo presionaba hacia el suelo para impedir que se levantase.

Había que esperar. Era lo que su veteranía le aconsejaba. Si se producían más disparos, tendrían que averiguar desde dónde y comprobar si habían sido descubiertos.

Tumbados sobre el talud, se situaban fuera de la vista de los posibles tiradores, si es que, como suponían, disparaban desde abajo; desde el valle.

Desde donde estaban, un verde prado descendía en suave pendiente hasta el río; era el que tendrían que atravesar para continuar el camino por la cañada que los conduciría hasta Vidángoz: un pequeño pueblo ubicado al sur de los Pirineos. Ese era su destino.

Atravesar desprotegidos ese prado con escasa vegetación, mientras no averiguasen lo que estaba pasando y tomasen las precauciones necesarias, era un suicidio.

Por mayor seguridad, habían decidido apartarse del camino principal, que era una cañada de ganado, para bajar por una inclinada y pedregosa trocha más oculta por la vegetación y las rocas. La marcha sería más difícil y lenta, pero con menor riesgo de ser vistos. Ahora estaban seguros de haber tomado la buena decisión. Si hubiesen seguido por el camino que traían se habrían encontrado de frente con quienes, ocultos, disparaban.

Desde donde estaban tumbados, Ramón inspeccionó el lugar donde se encontraban. A su izquierda, en el sentido de la marcha que traían, se elevaba una casi inaccesible pendiente boscosa que no ofrecía protección; y a su derecha, el despejado valle que tendrían que atravesar para retomar el camino y estarían a tiro de quien fuese. Era una situación complicada. No había más remedio que esperar y observar.

Gabino miraba nervioso a un lado y otro, tratando también de evaluar la situación.

—¡Joder, Ramón..., si salimos de aquí nos fríen! —comentó preocupado.

—Tranquilo, Gabino, serénate —le aconsejó Ramón al escuchar su respiración agitada—. Ahora averiguaremos qué es lo que está pasando.

Pertenecían a la recién estructurada 45.^a Brigada Guerrillera. Eran de los republicanos españoles que habían escapado a Francia después de ser derrotados en la cruenta Guerra Civil que asoló España entre 1936 y 1939.

En el país vecino ocupado por los alemanes, unidos a la resistencia francesa, habían participado en la lucha contra los nazis y ahora, siguiendo un plan del Partido Comunista Español en el exilio, habían entrado en España con la intención de derrocar al Gobierno del general Franco y establecer la Tercera República española...; o eso creían que iban a hacer.

Gabino y Ramón acababan de conocerse, pero ya había nacido entre ellos un clima de confianza.

Todavía llevaban pocas horas en España. Habían cruzado de madrugada la frontera franco-española y, después de una larga y difícil caminata por las sinuosas sendas del Pirineo navarro, tenían que llegar a la zona del valle del Roncal. Era allí donde se concentrarían los diseminados grupos de guerrilleros españoles, que habrían entrado en territorio español por diferentes pasos de los Pirineos.

Parecía que ahora habían sido sorprendidos. Un contratiempo, no esperado, que no sabían cómo solventar.

El silencio en aquellas montañas impresionaba, pero el sonido inesperado de nuevas detonaciones volvió a romper el sosiego del paraje.

—¡Bang...! ¡Bang!

Oyeron otra vez y volvieron a aplastarse sobre el terreno.

—Pero... ¿quién nos dispara? —preguntó Gabino, aún más asustado, que, pegado al suelo y sin saber qué hacer, empuñaba con rabia su subfusil francés MAS-38 dispuesto a defenderse.

—No lo sé, Gabino..., no lo sé. De todas formas, agáchate y no hagas ruido. Pronto lo averiguaremos —Ramón, más sereno,

le contestó en voz baja a la vez que, levantando la cabeza sobre el talud, escudriñaba el paisaje con unos pequeños prismáticos que sacó de su mochila.

Intentaba localizar quién y desde dónde podían estar disparando. Oteó despacio el valle que se abría por delante de donde estaban tumbados, pero no vio nada. Para proseguir su camino, necesitaban saber si, más abajo, había algún movimiento de soldados; o localizar a quien les estuviese disparando. Gabino lo miraba inquieto esperando su respuesta. Ramón, después de un rato inspeccionando, le dijo:

—Yo no veo nada por ahí abajo... Ni soldados ni guerrilleros de los nuestros ni a nadie. Hemos oído tiros, eso sí, pero no sabemos a quién disparan. Me parece que no ha sido a nosotros, porque no nos han podido ver bajando como veníamos por la vaguada y ocultos por la vegetación. Tampoco he oído ningún impacto cerca de nosotros.

—Pero..., si no lo han hecho contra nosotros, ¿a quién coño están disparando? —preguntó Gabino, inquieto.

—Pues no lo sé...

—¿Y quién dispara? —volvió a preguntar Gabino.

—¡Pues quién va a ser! ¡*Cagüenlá!* —Lo miró Ramón sorprendido por su pregunta—. ¡Pues la Guardia Civil..., o el Ejército..., o los que sean de ese maldito Franco! —respondió Ramón—. ¡Esos hijos de puta seguro que ya nos estaban esperando por aquí! Alguien les habrá ido con el cuento de que hemos *entrao* esta mañana desde Francia y ya saben que andamos por estas montañas. Nos buscan.

—Están al tanto de todo —afirmó Gabino—. ¿Qué nos creíamos, que no se iban a enterar? Disparan, aunque no nos vean. Para que sepamos que están ahí y ver cómo reaccionamos..., o para que nos acojonemos y nos larguemos otra vez a Francia.

—No creo —afirmó Ramón—. Son muchos más que nosotros y lo que pretenden es darnos caza a todos. Así evitan que se nos vuelva a ocurrir.

—¡Joder, pues menudo plan tenemos! —dijo Gabino con preocupación—. ¡Yo creía que los republicanos de aquí nos estarían esperando! ¡Ellos son de los nuestros...! ¿No fue eso lo que nos dijeron?

—¿De los nuestros? —dijo Ramón

—Sí... Esos republicanos que, cuando se acabó la guerra, no escaparon a Francia con el rabo entre las patas, como hicimos nosotros, y se quedaron escondidos por estas montañas... esperando precisamente esta oportunidad de cambiar las cosas.

—¿Te estás refiriendo a los maquis? —preguntó Ramón.

—Sí, esos..., los maquis. Ellos son los que deberían tener controlados los movimientos del Ejército o de los guardias para que, cuando entrásemos nosotros, supiésemos dónde están y pudiésemos evitar sustos como este. Yo creía que se unirían a nosotros para guiarnos por estos parajes. Ellos los conocen bien y nosotros no. Pero ya lo estás viendo; de esos maquis, ni uno y, sin embargo, los otros, los de Franco, alertados y a la espera para cazarnos como alimañas.

Las cosas no estaban saliendo como esperaban. Habían entrado en España hacía pocas horas y ya habían sido sorprendidos en un par de ocasiones.

Gabino, nervioso, tumbado sobre el talud desde el que se divisaba el valle hasta el río, se movía inquieto e inseguro y asomaba la cabeza intentando ver algo que le pudiese aclarar la situación en la que ahora se encontraban. Pero nada divisaba. Se puso a escuchar con atención y solamente oía el murmullo del viento en las copas de los pinos y el piar de los pájaros. Nada que indicase alguna actividad sospechosa por delante de ellos.

—Bueno, Gabino, tú tranquilo —dijo Ramón, tratando de calmar a su compañero al verlo inquieto—. Ya te he dicho que he mirado bien con los prismáticos y no he visto nada... Solamente hemos oído unos tiros, eso sí, pero nada más... ¿Tú has sentido las balas...?, ¡no...! ¿Algún impacto cerca de nosotros...?, tampoco,

¿verdad...? Pues eso, que no es a nosotros a quien disparan. Está claro.

Gabino lo observaba insistente esperando una explicación que lo convenciese.

—No sé qué estará pasando —dijo al tiempo que volvía a mirar con sus binoculares elevando ligeramente la cabeza sobre su parapeto—. ¡Vaya usted a saber quién tira y a quién...! Pero a nosotros, no.

Ramón miraba a Gabino analizando su reacción. No le interesaba tener un compañero miedoso. Eso limitaría la acción en caso necesario y eso lo preocupaba.

—¿Nada más puedes decirme? —protestó Gabino, puesto de lado y mirando a Ramón fijamente, esperando más de la experiencia que atribuía a su compañero de expedición—. ¿O es que solo te vas a preocupar cuando alguno de los dos reciba un balazo?

—No dramatices, hombre. Hay que tener cuidado, eso sí, pero, por ahora, no me parece a mí que corramos peligro —intentó tranquilizarlo Ramón—. Cuando averigüemos lo que pasa, ya veremos qué es lo que podemos hacer.

—¿Y cómo lo vamos a averiguar? ¿Saliendo de aquí y bajando al descubierto para que nos peguen un tiro los de ahí abajo? —dijo Gabino ofuscado.

—Mira, Gabino, no tengo ni puta idea —Ramón se quedó en silencio. Parecía que pensando en cómo salir de esa situación—. ¿Sabes lo que pasa? Gabino, que las noticias corren muy deprisa y los de la Guardia Civil, que están al tanto de todo, ya saben que estamos aquí y nos deben de andar buscando. Pueden estar esperándonos por cualquier sitio de estas montañas, que ellos conocen muy bien. Nosotros acabamos de entrar y no sabemos nada de nada, pero seguro que los compañeros de aquí, los maquis, tendrán controlados los movimientos de las tropas del Gobierno. No te preocupes, verás como vienen y nos echan una mano.

Gabino se quedó un buen rato en silencio meditando la situación.

—¿Y si fueran los maquis los que están disparando por ahí abajo? —preguntó Gabino creyendo haber dado con la razón de los disparos—. A lo mejor es que nos están despejando el camino enfrentándose a quien sea que haya enviado el general Franco para detenernos.

—Sí, sí..., claro... Podría ser —respondió Ramón—. Es lo que yo te estoy diciendo; seguro que nuestros compañeros de aquí dentro, los maquis, tendrán controlados los movimientos enemigos. Esa es su función y lo harán; ya lo verás.

—Pero nosotros no tenemos ni idea de por dónde andan. Ni los unos ni los otros. Estamos solos por estos montes y en cualquier momento nos pueden sorprender. ¿Cómo nos van a informar de por dónde andan los que nos buscan si no se ponen en contacto con nosotros?

—Lo harán, no te preocupes... Ya lo verás —dijo Ramón—. Si no lo han hecho aún, será porque no habrán visto un movimiento importante del enemigo que pueda poner en peligro la operación. Ellos saben bien lo que hacen.

—¿A qué llamas tú «un movimiento importante»? —preguntó Gabino—. ¿Al avance de un ejército completo con todo tipo de armamento? Para hacer las cosas bien, antes de que entrásemos nosotros, los maquis, que ya estaban dentro, deberían haber limpiado estas montañas.

—¿Haberlas *limpiao* dices...? ¡Tú estás loco...! Los maquis no son un ejército. Solamente son unos cuantos hombres *desesperaos* y *asustaos* que huyen cada día de los guardias civiles —aclaró Ramón—. Están *escondíos* por los montes *pa* que no los maten. Y, de vez en cuando, salen de sus madrigueras y les dan algún susto, como hacíamos nosotros con los nazis, pero *na* más. Así actuamos los guerrilleros. Para una acción como la que vamos a emprender, no se puede contar con ellos como una fuerza decisiva. Sería una insensatez.

A Gabino eso de «una acción como la que vamos a emprender» lo empezó a preocupar. No sabía muy bien cómo era esa acción

con la que pretendían «derrocar al régimen de Franco», ni qué era lo que quería decir Ramón con esa frase. Al contrario que para Ramón, para él, era la primera vez que lo calificaban de «guerrillero». Comenzaba a darse cuenta de lo imprudente de la aventura en la que se había metido. Estaba confundido; él pensaba que habían entrado a España para reforzar a los auténticos guerrilleros republicanos que, no conformes con el resultado de la Guerra Civil, aún luchaban contra el ejército que se consideraba vencedor y que su apoyo, junto al de las fuerzas aliadas que combatían contra los nazis en Europa, sería crucial para derrocar al Gobierno dictatorial que Franco había impuesto en 1939. Pero no. No era eso lo que parecía que estaba sucediendo.

—Para estos de aquí dentro las cosas no están fáciles —continuó diciendo Ramón después de un corto y reflexivo silencio—. Cuando terminó la guerra, nosotros salimos corriendo a Francia, como pudimos, para que no nos jodieran, pero hubo muchos que no lograron salir y no tuvieron más remedio que echarse al monte y esconderse para que no los encontrasen. Esos son los maquis, que ahora sobreviven ocultos por estas montañas. Aunque, la verdad, no sé cómo lo hacen: sin medios para desplazarse ni infraestructura de ningún tipo. Son pocos hombres, con pocas armas, sin dinero y escasa organización. Lo tienen muy difícil... ¡Si muchos días no tienen ni para comer! Dependen de lo que cazan por el monte y de lo que les den algunos locales que aún los ayudan...; que son pocos, porque tienen miedo a las represalias. Muchos de esos maquis son de por aquí, de los pueblos de la zona, pero incluso sus familiares, que permanecen en los pueblos, tienen miedo de echarles una mano. A veces, para subsistir, tienen que robar como si fuesen bandoleros. Por eso la gente los teme. Son hombres que actúan a la desesperada y, ya sabes, a veces tienen que hacer cosas que no quisieran.

—Lo comprendo —afirmó Gabino.

—Están permanentemente *buscaos* por la Guardia Civil o por la Policía Armada, y donde los cogen, pues allí mismo los *afusilan*.

Sin juicio ni *na* —siguió explicando Ramón—. La «ley de fugas» les aplican. Lo llaman así para justificar el asesinato. Los sueltan y les dicen que se larguen, que son libres, pero cuando han *andao* dos o tres pasos, ¡pam, pam...!, les pegan un tiro por la espalda y listo..., se acabó el problema. No se pueden mover con libertad, porque por aquí no todo el mundo está de su lado ni los protege. Hay mucho chivato que va con el soplo a los guardias civiles, aunque solo sea para hacerles la pelota... o porque son de los de Franco y quieren acabar con ellos. Con todos los «rojos», digo. En cuanto se enteran de algo, van y les cuentan a la Guardia Civil por dónde andan. Se organizan redadas y se los cargan. —Gabino se quedó pensando. Ramón le estaba abriendo los ojos a la realidad—. Supongo que ellos también tienen sus mandos y su organización —volvió a comentar Ramón—. Seguro que están al tanto de todo lo que está pasando y actuarán como puedan..., o cuando lo consideren necesario.

—Sí..., claro —contestó Gabino sin convicción.

Gabino se sentía indefenso y con miedo. ¡Qué imprudente había sido!, pensó. ¿Cómo se había dejado convencer y se había metido en ese lío sin analizar bien la situación y sin conocer mejor lo que ahora le parecía una locura?

—¿Tú crees que nos habrán visto? —volvió a preguntar asustado.

—¿Quiénes, los maquis? —dijo Ramón.

—¡No, coño..., joder! ¡Los maquis no!, los de ahí abajo..., los que disparan.

—¡Ah, pues no sé...! Pero tú, por si acaso, quédate ahí quieto sin moverte y sin hacer ruido —respondió Ramón imponiéndose y asumiendo de nuevo el mando—. ¡Tú haz lo que yo te diga! ¿Has entendido...? Tenemos que aguardar un poco más para ver qué pasa y... ¡jojo a todo lo que se menee...! ¡Pero tiros ni uno si no es para defenderte! ¿Está claro...? Si no nos localizan, saldremos de esta... ¡Ya lo verás!

Atentos a cualquier ruido, permanecían en silencio, ocultos tras el talud sin moverse y con el miedo aferrado al estómago.

Su indecisión les estaba haciendo perder mucho tiempo. Estaban preocupados. No podían quedarse ahí tumbados sin saber qué hacer.

Gabino confiaba en Ramón. Sin mediar palabra, aceptó someterse y seguir sus órdenes. La veteranía le daba un grado. Aunque aún no lo conocía bien, pensaba que era ducho en acciones guerrilleras. Suponía que, como era un hombre de campo, se orientaría mejor que él por esos lugares. Además, lo que le había contado sobre su experiencia con la Resistencia francesa en la lucha contra los nazis lo tranquilizaba. Seguro que sabría desenvolverse bien en una emboscada o en una imprevista situación de peligro. El hecho de que fuera mayor que él también le daba confianza. Seguramente le doblaba la edad.

Pasado un rato, Gabino, intranquilo e impaciente, viendo que Ramón no ordenaba continuar, preguntó:

—Pero tú, Ramón, ¿sabes dónde estamos? ¿Qué vamos a hacer ahora?

El silencio siguió a su pregunta. Gabino esperaba que su compañero le diese la solución que él no encontraba, pero Ramón, sin moverse, tumbado boca abajo, mantenía su mirada observadora perdida en la lejanía. Solo sus ojos escudriñadores se movían de un lado a otro. Tardaba en contestar y la falta de respuesta a sus preguntas lo enervaba.

—Parece que ya no disparan —dijo Gabino, al cabo de un rato, rompiendo el silencio y apremiándolo, al mismo tiempo que intentaba ponerse en pie.

—¡Quieto ahí, Gabino...! ¡Tumbate, joder! —se impuso Ramón sujetándolo con fuerza—. ¡Y no te muevas!

Gabino, sorprendido por el violento tirón, volvió a tumbarse.

—Perdona, Gabino... Es que, mientras no estemos seguros de lo que pasa por ahí abajo, hay que tener cuidado..., y por ahora no

sé muy bien qué es lo que debemos hacer..., amigo —afirmó Ramón, más calmado, al tiempo que sacaba de su mochila el doblado mapa que les habían dado antes de partir y lo desplegaba sobre el guijarroso suelo donde permanecían tumbados—. Tampoco sé con exactitud dónde estamos ni qué es lo que estará pasando con el resto de los compañeros.

Gabino lo miró desconcertado y preocupado mientras Ramón consultaba el mapa.

—Me parece que debemos esperar un poco más y estar atentos a todo lo que suceda por ahí abajo antes de decidir nada —sugirió Ramón, que se puso a seguir con el dedo sobre el mapa el recorrido que pensaba que habían hecho—. Vamos a ver —dijo intentando aclarar su situación—. Hemos *entrao* desde Francia por aquí, por la muga de Larrau, y hemos *bajao* hasta el puerto de Laza..., que es este. Después nos hemos *desviao* por este camino, que no es una carretera, sino una cañada de *ganao*. Hemos *tirao* hacia el sur por entre estas montañas, pegados a este río, ¿ves? Es este camino que está aquí indicado en el mapa, el que llaman Cañada de los Roncaleses. Aquí lo pone.

Gabino, para hacer ver a Ramón que la explicación que le daba era de su interés, echó un vistazo de soslayo al mapa que, desplegado en el suelo, Ramón le mostraba.



—Es ese camino que se ve por allí lejos —dijo de nuevo Ramón señalando primero el mapa y después el paisaje que divisaban—. Esa es la cañada: la que va *to pa bajo* pegada al río. Nosotros, *pa* que no nos vieran, nos hemos *apartao* un poco por esta torrentera. Me pareció que era más seguro. Si hubiésemos seguido por la cañada, nos habrían *enganchao* los de ahí abajo sí, como suponemos, están *escondíos* los muy hijos de puta, seguramente por entre esos pinos —dijo volviendo a señalar un pequeño pero tupido bosque de pinos, que se alzaba cercano al río y la cañada a unos trescientos o cuatrocientos metros.

Gabino, oculto tras los pequeños matorrales que emergían de entre las piedras, no se centraba en lo que Ramón le explicaba. Su inquietud y nerviosismo no lo dejaban prestar demasiada atención. Le pidió a Ramón los pequeños prismáticos que llevaba en la mochila. Trataba de descubrir lo que su compañero no había logrado y se puso a escudriñar despacio el paisaje que se abría frente a ellos. Permanecía más atento a lo que suponía que podría estar pasando allí abajo que a lo que Ramón le explicaba.

—Nuestro objetivo es ir hasta este pueblo de aquí —retomó Ramón el monólogo, volviendo a señalar en el mapa con el dedo índice, aunque su compañero no le prestaba la atención que requería—. Se llama Vidángoz... Y ese es el problema, porque para llegar a él tendríamos que bajar *desprotegíos* y expuestos por ese prado limpio que tenemos ahí enfrente... Sin un puñetero árbol..., ni una piedra ni *na* de *na*... Llegar hasta los pinos que hay cerca del río y, después, tendremos que seguir otra vez por la cañada que traíamos antes..., hasta llegar al pueblo.

—Ahora, no me parece a mí que podamos llegar ahí sin meternos en ese follón que parece que tienen armado. Nos acribillarían —observó Gabino interrumpiendo la explicación de Ramón—. Porque si hay tiros, y no han sido a nosotros, entonces, ¿a quién han disparado...? A alguien habrá sido, ¿no? Una cosa es segura: tiros sí que los ha habido, porque los hemos oído.

—Sí, creo que tienes razón, compañero —confirmó Ramón—. Habrá que esperar un poco y averiguar algo más antes de decidir qué hacemos.

De nuevo Ramón se concentró en estudiar el mapa extendido en el suelo. Dedujo dónde podían encontrarse ellos en ese momento y se esforzó en buscar una alternativa al camino que deberían seguir.

—Nada, no veo ni un movimiento —dijo Gabino, que, mientras Ramón estudiaba la situación en el mapa, se encaraba los pequeños prismáticos y volvía a escudriñar el horizonte—. Seguramente estaremos muy distantes y será por eso por lo que no vemos nada..., o puede ser que no se encuentren en nuestro ángulo de visión..., o entre los pinos... Pero lo que es seguro es que algo está pasando. Eso está claro. Desde aquí es muy difícil que localicemos a los que disparan. Puede que sean enemigos o puede que no... Ahí delante tenemos un claro, pero el bosque que hay después es muy espeso y, si están por dentro, desde aquí no podemos ver nada.

Gabino alternaba entre mirar hacia el valle con los prismáticos y atender las explicaciones que Ramón le daba. De vez en cuando, para contentarlo y sin prestar demasiada atención, echaba un vistazo de soslayo al mapa que su amigo mantenía abierto a su lado.

—Nosotros andamos por los Pirineos navarros —volvió a explicar Ramón intentando otra vez llamar la atención de Gabino para que se fijase—, en medio de estas montañas que separan el valle de Salazar y este otro, el de Roncal.

—Sí, sí, Ramón, eso ya lo sé, joder...! Ya sé que estamos por ahí, por donde tú dices..., pero perdidos —insistió Gabino sin dejar de mirar con los prismáticos el limpio y desprotegido paraje que tenían enfrente—. Lo del mapa está muy bien, pero lo que tenemos que saber ahora no es qué camino hemos traído, sino por cuál tenemos que seguir, a partir de aquí, para no meternos en la boca del lobo.

—Pues no lo sé, amigo Gabino —dijo Ramón suspirando—. Yo creo que por donde vamos, vamos bien... Pero ya te digo: te-

nemos que estar atentos a lo que veamos y actuar en consecuencia. Estoy seguro de que por aquí deben de estar *esparra*maos muchos de los nuestros. Nosotros no hemos sido los únicos que hemos *entrao* esta mañana. Los que lo han hecho por Roncesvalles o por otros lugares también tienen que llegar a ese mismo sitio: un valle que hay entre Vidángoz y el Roncal. Ahí será donde nos juntemos todos. Así que por eso me imagino que por aquí cerca estarán muchos de los nuestros. No deben de andar muy lejos. Nos encontraremos con ellos, ya lo verás.

—¿Tú crees? —dijo Gabino—. Separarnos creo que ha sido un error. A mí me parece que, siendo más, estaríamos más seguros de por dónde vamos. Alguno habría que supiese orientarse bien por estos parajes tan complicados. Nosotros no tenemos ni puta idea.

—Sí, puede... Pero siendo más también seríamos más fáciles de localizar. Por eso nos han *separao* hasta que lleguemos a donde tenemos que llegar; para que no sepan de nosotros: ni cuántos somos, ni dónde estamos —aclaró Ramón.

Gabino no dejaba de pensar.

—Entonces —dedujo Gabino—, si otros están por aquí, y tú dices que podrían ser muchos, es posible que los tiros que hemos oído sean contra ellos y no a nosotros, ¿no?

—Sí, es posible —confirmó Ramón.

—Entonces..., vamos a ver —dijo Gabino meditando la afirmación de su compañero—. Podría ser que los que han entrado por Roncesvalles y los que lo han hecho por otros sitios se hayan juntado y se estén enfrentando a quien sea. Por eso los tiros de ahí abajo, ¿no crees? —dijo Gabino.

—Sí, podría ser —afirmó de nuevo Ramón después de pensarlo un momento—. Pero si fuese como tú dices, serían muchos los que estarían *enredaos*, ¿verdad? Entre unos y otros, por lo menos habría cien o doscientos..., y yo no creo que sean tantos. Hemos oído algunos tiros, eso sí, pero no muchos. No más de seis u ocho. Si se hubiesen juntado tantos como tú dices, no habrían sido unos cuantos tiros como hemos oído, sino una batalla... y gorda.

Nuestro grupo, que éramos como unos cien, se disgregó y nos separamos por parejas como nos ordenaron. Seguro que los otros, los que han *entrao* por otros sitios, han hecho lo mismo. Por eso, si es que se han *liao* a tiros, no pueden ser muchos. Será un grupo pequeño.

Gabino lo comprendió.

—Sí, claro... Todo eso está bien, Ramón —concluyó Gabino convencido—, pero lo importante para nosotros ahora es decidir qué vamos a hacer. No tengo ganas de terminar aquí mi aventura. —Gabino, recostado de lado, miró a su compañero un momento y se dispuso a prestar más atención al mapa que mantenía abierto entre los dos—. O sea —dijo Gabino señalándolo—, que tanto unos como otros, para llegar a la zona de encuentro que tú dices en los alrededores de Vidángoz, tendríamos que ir: o por la carretera que pasa por Uztárroz, Isaba, Urzainqui y Roncal, que es esta que se ve en el mapa a la izquierda, o por el otro camino que va por el oeste: por Ochagavia, Ezcároz y Esparza de Salazar, para que, después, desviándonos hacia el este, lleguemos a Vidángoz y Roncal.

—Eso es —afirmó Ramón—. Uno de esos dos caminos principales habrá sido el que hayan elegido la mayoría de los nuestros cuando nos hemos *separao*. Unos habrán *tirao* para el oeste, en dirección a Salazar pasando por Ochagavia, y otros para el otro *lao*, para el este, hacia Roncal.

—Pero nosotros no hemos bajado por ninguna de esas dos carreteras que dices —observó Gabino—. Este que hemos tomado es un camino malo y estrecho, que muchas veces se pierde entre barrancos y riscos y no se sabe bien si más abajo continúa o se acaba... ¿No nos habremos perdido?

—Coño, Gabino... Ya te lo he *explicao*: nosotros nos hemos *metío* por una senda que es muy mala, pero que va más derecha. Es una cañada de las que se utilizan para trashedar al ganado, que en el verano llevan a los prados de arriba de la montaña, porque tienen más verde, y en invierno los bajan al valle cuando por arriba hay mucha nieve. Este que nosotros hemos elegido es menos *tran-*

sitao y yo pensé que sería más seguro. Va derecho hasta Vidángoz sin pasar por *tos* esos pueblos —dijo Ramón volviendo a señalar de nuevo el mapa—. Es más difícil de andar, pero también es un camino más corto. Va casi *pegao* a un río... Solo hay que seguirlo *to pa bajo* y ya está. Llegamos donde tenemos que llegar. El río pasa por Vidángoz... No hay pérdida.

—Sí, Ramón, sí..., todo está muy bien explicado. Pero me importa una mierda lo del ganado, la trashumancia y todo eso que me cuentas. Lo importante ahora es saber cómo carajo vamos a salir de aquí. Si el camino este, que según tú tendríamos que seguir, lo tiene cortando la Guardia Civil..., ¿qué es lo que tenemos que hacer? —preguntó otra vez Gabino—. Eso es lo que tenemos que pensar y decidir ahora..., ¡y no podemos tardar mucho!

Gabino se sentía defraudado. Basándose en la experiencia que le atribuía a Ramón, pensó que sabría salir bien de cualquier situación, pero ahora le parecía que no era así. Al verlo tan decidido en un primer momento, supuso que conocería bien el camino y lo que tenía que hacer para orientarse bien. Había depositado su confianza en el compañero que le habían asignado y ahora no estaba tan seguro. Sin esperar más, ante las dudas de Ramón, tomó la iniciativa; le arrebató el mapa de las manos, que estaba a punto de guardar en la mochila, y volvió a extenderlo en el suelo.

—Vamos a ver, Ramón —dijo ahora Gabino golpeando insistentemente el mapa con el índice—. Todo este paraje, de aquí hacia abajo, está muy pelado y sin posible protección. Será difícil llegar otra vez a la cañada y al río sin ser vistos. Está claro que no podemos intentarlo atravesando el prado, porque es posible que los enemigos, los que han disparado antes, estén escondidos por esos pinos de ahí abajo..., ¿no...? Tendremos que encontrar otro camino... o dar la vuelta. —Ramón escuchaba a Gabino asintiendo con la cabeza mientras hablaba—. ¿Y cuánto llevaremos andado hasta aquí? —preguntó Gabino estudiando de nuevo el mapa—. Nos debe de faltar, por lo menos, la mitad del camino para llegar.

—Yo creo que algo menos —respondió Ramón—. No conozco este monte y no sé si, por otro lado, habrá otro sendero que nos pueda llevar hacia el mismo sitio. Aquí, en el mapa que nos han *dao*, no veo ninguno, pero seguro que no están todos los caminos.

Gabino, en silencio, pensaba sin encontrar solución.

—¡*Cagjien* la leche! —despotricó ofuscado Gabino—. ¡Si es que no sé qué hacemos nosotros aquí! Tenía que habernos acompañando algún lugareño o alguien que conozca bien la zona... Nosotros podemos perdernos por estas montañas. —Ramón no contestó—. Bueno, Ramón, no podemos quedarnos aquí parados por más tiempo —volvió a decir Gabino al tiempo que se ponía de pie—. Hay que buscar otra forma de continuar.

—Pues ya te digo: no sé si habrá otro camino —afirmó Ramón—. Seguro que encontraremos a alguien que sea de por esta zona y nos pueda orientar... Ya veremos. Los disparos indican que ahí abajo se puede estar produciendo un enfrentamiento, así que... no sé qué podemos hacer.

Gabino se lo quedó mirando. Parecía molesto por su imprecisa contestación.

—Ramón, ¡joder...! Lo que te estoy diciendo es que tenemos que encontrar otra forma de llegar al valle del Roncal. ¡Eso es lo que tenemos que averiguar!

—Mira, mira... —dijo ahora Ramón señalándolo en el mapa—. Aquí hay otro camino marcado, pero este va para el otro lado; hacia el oeste... Va a parar a Oronz y Ezcároz.

—Pero coño, Ramón —protestó Gabino—, ¡que no es para ese lado hacia donde nosotros queremos ir...! ¿No ves que se aparta mucho de nuestra ruta? Tendremos que buscar algún otro que vaya en la otra dirección, hacia el este o el sureste.

Volvió Ramón a concentrarse.

—Pues yo no he visto ninguno más en el mapa —afirmó Ramón—; pero seguro que, aunque no esté, habrá alguno en dirección a este otro pueblo... A Isaba, que está al este y parece que no muy lejos. Siempre hay senderos por los que se llega a las poblacio-

nes desde cualquier sitio, aunque no estén marcados en los mapas.

—¡Bah...! ¡Vaya mierda de organización que tenemos! —afirmó Gabino desanimado—. Así, no tenemos nada que hacer... Nos han soltado por unas montañas y unos parajes que no conocemos y solo nos dan un mapita, que vaya usted a saber si es correcto... Y encima nos dicen que ¡a callar!, para que no se enteren de que estamos aquí... Pero ¿seremos gilipollas? ¿A quién se le ha ocurrido pensar que no se iban a enterar los de aquí dentro?

Ramón no supo responder al comentario de Gabino. A él todo le parecía bien. Su fidelidad al partido no le permitía dudar de que las cosas no se estuviesen haciendo correcta y perfectamente meditadas.

—Pero bueno, Gabino, no te preocupes —Ramón quiso infundirle confianza a Gabino y levantarle el ánimo—. Los de arriba lo tienen todo muy bien *estudiaio*. Estos pequeños incidentes ya se sabían qué podrían suceder, pero se supone que nosotros sabríamos resolverlos. Ni tú ni yo somos imprescindibles y la Operación Reconquista seguirá adelante; con nosotros o sin nosotros... Todo se solucionará. Lo importante es llegar al lugar de concentración como sea, unos, por un lado, y otros por otro. Allí nos juntaremos muchos y será entonces cuando iniciaremos la operación.

—Muchos... muchos... —dijo Gabino burlándose de Ramón—. ¿Tú qué sabes los que seremos?

—¡Pues claro que lo sé! —contestó—. ¡Se lo oí comentar al sargento y decía que nos vamos a juntar por lo menos mil, o a lo mejor dos mil..., o más!

—No te creo... Entonces, ¿por cuántos sitios hemos entrado? —preguntó Gabino—. ¿Y cuántos hombres?

—¡Uf..., pues por muchas mugas! —volvió a confirmar Ramón—. Y claro que nos juntaremos también muchos; ya lo verás. No sé exactamente cuántos, pero hemos *entrao*, por todos los pasos de la frontera, a lo largo de todo el Pirineo navarro y aragonés... ¡Imagínate...! Luego, cuando todos estemos *agrupaos* y bien *organizaos*, ya verás...: les daremos lo suyo a estos fascistas.

—¡Pero mira que eres simple, Ramón! Ni aunque seamos mil, o cinco mil, o diez mil, no podremos hacer nada. Estaremos solos contra el ejército de Franco. ¿Pero es que no te das cuenta?

—El que no te das cuenta eres tú, Gabino. Ya veo que de estrategia militar no tienes ni puta idea.

Gabino se lo quedó mirando sorprendido, esperando que continuase con la explicación.

—¿No ves? —siguió Ramón explicando la supuesta estrategia—. Nosotros no hemos *entrao* ahora por esta zona de los Pirineos para derrotar al ejército de Franco, no. Ese no es nuestro objetivo. Lo hemos hecho para que crean que la invasión, que ellos ya suponían que se podía producir, está siendo por aquí; por esta zona... Y entonces mandarán a todo el Ejército para contenernos y, de esa forma, dejarán *desprotegido* el valle de Arán, que es por donde realmente se producirá la invasión. Nosotros ahora solamente tenemos que incordiarlos con pequeñas escaramuzas y tenerlos *entreteníos*.

—Vamos, que tenemos que jugar al ratón y el gato, ¿no? —expresó de forma jocosa Gabino.

—Podría decirse que sí —aceptó Ramón—. Después, cuando sea el momento, nos llevarán *ande* sea, para juntarnos con los nuestros.

La explicación no tranquilizó a Gabino, pero le aclaró la razón por la que estaban ahí. Ahora, después de comprenderlo, se sentía aún más indefenso: nadie vendría en su ayuda. Estaba seguro de ello.

Se habían relajado. Parecía que todo había acabado. No veían ni oían nada, pero, pasados unos minutos, nuevos disparos de fusil volvieron a romper el silencio. Los tiros esta vez eran más frecuentes. Incluso escucharon una ráfaga de ametralladora. Se asustaron de nuevo. Por instinto volvieron a pegarse al suelo. Una vez más, el miedo no los dejaba moverse. Se quedaron tumbados en silencio y, de nuevo, asomando la cabeza, volvieron a otear el paisaje que se abría hacia el valle y el río.

La situación era preocupante. Tenían que encontrar una solución, y rápido. No podían permanecer allí parados por mucho tiempo. Era previsible que, si sus enemigos sospechaban de su presencia, salieran en su busca y, si lo hacían, tendrían mala escapatoria.

—¿Tú crees que nos habrán visto? —preguntó de nuevo Gabino inseguro y preocupado.

—Que no, hombre, que no. No te preocupes... Estate tranquilo. Si, como tú supones, están en ese bosque de pinos de ahí abajo, no nos han podido ver. Ten en cuenta que nosotros hemos *bajao* por el barranco de una torrentera, que va hacia al este, y el talud donde estamos nos oculta de ellos, que están al sur... A mí me parece que no es a nosotros a quien disparan.

—Pero coño, Ramón..., ¿cómo qué no...? Nos están silbando las balas por encima de nuestras cabezas. Si, como tú dices, no nos han podido ver, ¿a quién están disparando?

—¡Y yo qué sé..., pues a nadie! Ellos tal vez suponen que hay guerrilleros por aquí y por eso disparan. Al *tuntún*..., para asustarnos y que nos larguemos. O puede que sean tiros *escapaos* de los que tiran a otros, no a nosotros. Aunque sospechen que por aquí arriba puede haber alguno de los que han *entrao* esta mañana, no saben si somos muchos o pocos... Por eso no suben a buscarnos. Están esperando que salgamos de la madriguera para saber qué hacer..., y entonces, cuando nos localicen, nos freirán.

El tiempo transcurría lentamente. Solamente el sonido de sus palpitaciones irrumpía sus pensamientos. No sabían qué hacer. Gabino seguía mostrando su disconformidad. Despotricaba, blasfemaba y se quejaba por la falta de ayuda y por la improvisación.

—Que los de Franco nos atacarían podían haberlo previsto, ¿no? —expresaba Gabino—. Pero qué pensaban estos idiotas, ¿que no se iban a enterar de que estábamos dentro e iban a dejarnos pasar tranquilamente...? ¡Nos dejan solos y ahí os las apañaís! ¡Hijos de puta, les da igual que nos maten a todos! ¡Hay que joderse! ¡Y nadie de los de aquí nos ayuda!

—¡Basta ya, Gabino, joder...! ¿Otra vez con las mismas? ¡Pues ya lo estás viendo! —respondió Ramón cansado de oír las protestas de Gabino—. Los de aquí, como tú los llamas, estarán *encerraos* en sus casas y *acojonaos*. Temen el follón que se puede armar y las represalias que continuarían. Está claro que, después de la que les han *dao*, tienen miedo. ¿No te das cuenta de que los que se han quedado en España lo están pasando peor que los que nos fuimos? Lo único que quieren ahora es sobrevivir y que los dejen en paz... Yo lo comprendo.

—¡Sí, pero los que huimos a Francia también hemos sido puteados! ¡Lo hemos pasado muy mal! ¡Y ahora, para colmo, los que nos convencieron para volver también nos están engañando! Nos decían que nos iban a ayudar los franceses, los americanos y todos los antifascistas y antinazis que luchan en Europa... ¡Pues yo no he visto a ninguno desde que hemos entrado por la frontera! ¿Dónde están? De todo eso que nos contaban por la radio en Francia..., ¡na de na!

Gabino, sin darse cuenta, elevaba la voz cada vez más.

—¡Chsss...! ¡Calla, joder, Gabino! —le ordenó Ramón llevándose el dedo índice a la boca en un inequívoco signo de silencio—. ¡Habla más bajo, que nos van a oír! ¡Aquí, en las montañas, se oye todo! ¡Agáchate y no hagas ruido!

La reprimenda de Ramón hizo que Gabino se callase, pero, a pesar de bajar el tono de voz, siguió quejándose.

—¡Claro...! Decían que esto sería un éxito rotundo, rápido y controlado... Vamos, un paseo militar. ¡Ya, ya! ¿Todo controlado? ¡Sí, por los cojones controlado! ¡Pues lo tenemos claro!

—¡Ya estoy harto de oírtel! —dijo Ramón—. ¡Cállate ya, joder!

—¡Si es que no sé quién me manda a mí meterme en este lío! ¡Mira que soy gilipollas! —se lamentaba Gabino.

Ramón ya estaba cansado de aguantar las continuas protestas de Gabino. Ya dudaba de él, de su integridad... Lo miraba y pensaba: ¿quién es este hombre? ¿Qué hace aquí? ¿Cuál es su interés en esto? ¿Qué puedo esperar de él? Se dio la vuelta y, situándose

bocarriba, se dispuso a aclararle la razón de la acción que habían emprendido.

—Pero bueno, Gabino... ¿Por qué dices que eres gilipollas? ¿Es que no sabes a qué hemos *veníó*? Si en el 39 perdimos la guerra, fue por el puto Pacto de No Intervención. Ese que firmaron los franceses y los ingleses para no involucrarse en nuestro asunto. Y nos dejaron ahí, *abandonaos* ante el ejército rebelde que dio el golpe militar a nuestra República. Sin embargo, los italianos y los alemanes sí ayudaron a los golpistas. Por eso ganaron. Ahora es otra cosa: a los nazis los están zurrando en Europa... Y todo esto no se acabará hasta que limpien también España de fascistas, que son los mismos que hay por ahí fuera. Ya verás como todo se soluciona y volvemos a tener una República democrática en nuestro país. ¡La Tercera República sería ahora! Estoy convencido de que lo conseguiremos.

—Sí, claro, eso sería lo que tendría que pasar... Pero coño, Ramón, ¿es que no te das cuenta? Los aliados, por ahora, con lo suyo, ya tienen bastante. Primero tienen que derrotar a Hitler y todavía eso no está claro. —Un corto silencio siguió a la reflexión de Gabino—. Sí..., ¡aquí van a venir! —siguió exponiendo Gabino—. Todo lo nuestro les importa dos cojones. ¿Pero tú crees que van a ser tan tontos de establecer otro frente de guerra al sur de Europa? ¡Ni que estuvieran locos!

—Puede que ahora no —dijo Ramón—, pero cuando tomemos el valle de Arán, que es para lo que hemos venido, y establezcamos allí el gobierno de la Tercera República española, ya verás como nos ayudan y acabamos con el régimen de Franco. Europa entera tiene que quedar liberada. No pueden dejar un nido de fascistas a su espalda.

—Ya..., ¿y nosotros qué? —continuó Gabino—. ¿Dices que estamos aquí para confundirlos? O sea, que somos el sacrificado gusanito que ponen de cebo en el anzuelo para pescar... Pues te advierto que de esos gusanitos no se salva ni uno.

Ramón se quedó en silencio meditando sin atreverse a decir nada.

Había que decidir. Una opción era quedarse en el sitio sin moverse hasta que se hiciese de noche y aprovechar la oscuridad para, sin ser vistos, atravesar las posiciones enemigas. Y otra, que parecía más razonable, era dar la vuelta y buscar otra alternativa.

Estaban perdiendo mucho tiempo. Si los alcanzaba la noche en ese frío lugar, lo iban a pasar mal. La ligera manta que portaban era lo único que tenían para abrigarse. Sin cobijo, a la intemperie y sin poder descansar, se les presentaba una mala noche y, de todas formas, al amanecer se encontrarían en la misma situación. ¿Qué podían hacer?

—Bueno, Ramón, ¡ya está bien de charla! —dijo Gabino tomando la iniciativa—. No podemos quedarnos aquí tan tranquilos. El tiempo pasa y tenemos que salir de este lugar como sea. ¡Hay que volver por donde hemos venido!

Después de pensarlo un momento, Ramón estuvo de acuerdo.

—¡Sí, tienes razón...! Pues ala, vamos..., ¡tira *pa* arriba! —dijo Ramón reptando hacia detrás para poder ponerse en pie sin ser visto—. Hay que marcharse de aquí antes de que a los de ahí abajo les dé por salir de su escondite para buscarnos.

Gabino, decidido, hizo lo mismo y, en silencio, iniciaron el ascenso de la torrentera por la que habían bajado.

Atentos a los ruidos que pudiesen indicarles alguna actividad de sus enemigos y temerosos de que hubiesen decidido ir a buscarlos, subían despacio, vigilantes. Hacían pequeños tramos y se paraban a observar de vez en cuando, ocultándose en las piedras o entre los tupidos árboles. Miraban, escuchaban y después proseguían cuando comprobaban que nadie los acechaba.

Las impresionantes y verdes montañas los abrazaban con sus abruptas pendientes, obligándolos a seguir el encajonado sendero de la vaguada. Ya era media tarde y empezaba a hacer frío en esa época del año.

Llevaban la marcha en silencio. Solamente escuchaban su agitada respiración provocada por el esfuerzo al subir la empinada cuesta.

—¿No dices nada? —dijo Ramón extrañado por el silencio de Gabino cuando ya llevaban un buen rato subiendo.

—¿Yo...? ¿Qué quieres que diga? ¡Pues que me parece a mí que esto es una mierda de plan! —contestó Gabino jadeando—. ¡Pero quién nos manda a nosotros meternos en este *fregao*...! Un peligroso fracaso me parece a mí que va a ser esto de la Operación Reconquista.

—¿Fracaso? Pero coño, Gabino, ¿por qué fracaso? —saltó Ramón ya cansado de tanta contradicción.

—¡Claro que sí! —afirmó Gabino—. ¡Un fracaso de cojones..., ya te lo digo yo!

—Bueno, eso ya lo veremos —comentó Ramón sin querer discutir y convencido de que la operación podría tener éxito—. Ya te he dicho que nosotros no somos más que una avanzadilla.

—¿Una avanzadilla? ¡Nosotros lo que somos es unos imbéciles que vamos a recibir las «leches» por la incompetencia de los «distos», que juegan con nosotros desde sus casas calentitas en Toulouse...! Eso es lo que somos: ¡unos gilipollas!

El inseguro firme de la inclinada vaguada dificultaba el camino. Debían tener cuidado porque el rodar de los guijarros movidos por sus pisadas podía producir ruidosos desprendimientos que alertarían a los que los acosaban desde abajo. Allí se oía todo. El silencio era absoluto y cualquier ruido se hacía eco y se magnificaba en la inmensidad de esas montañas.

Ramón ascendía abriendo la marcha.

—¡Espera, Ramón! —gritó Gabino parando un momento el ascenso—. Ve más despacio, que yo no estoy hecho para andar por entre estos peñascos... ¿Me puedes decir hacia dónde vamos?

—¡No lo sé exactamente...! —contestó Ramón después de hacer también una corta parada para tomar aire—. Seguiremos un poco más para arriba para ver si encontramos algún camino que tire hacia el este. Buscaremos alguna borda, de esas que hay por

aquí, antes de que se nos haga de noche y nos quedemos helados.

—¿Una borda? ¿Y qué es una borda? —preguntó Gabino en su ignorancia del léxico rural.

—Una borda es, como llaman por aquí en los Pirineos, a las cabañas que sirven para guardar los animales y dar refugio también a los que los conducen.

—¡Ah...! —comprendió Gabino—. Por mi tierra no se llaman así.

—Yo creo que, si subimos a esa loma y después bajamos el barranco que habrá detrás, llegaremos a un río que pasa por un pueblo que se llama Isaba. Lo vi antes en el mapa —volvió a decir Ramón señalando la elevación que se recortaba a su derecha—. Luego, allí, seguro que encontraremos a alguno de los nuestros y nos enteraremos de lo que está pasando.

Subieron a la loma desde donde, como suponía Ramón, se divisaba un pequeño pueblo por el que discurría un riachuelo. Agazapados, por si acaso, se pararon a descansar del esfuerzo de la subida e inspeccionaron la zona.

—Parece que no hay un alma por ahí abajo. Todo está despejado —dijo Ramón tras observar despacio el paisaje que se abría ante ellos—. Por aquí no creo que haya ni amigos ni enemigos. Además, la neblina se está levantando y nos favorece. Vamos a bajar hacia el pueblo antes de que oscurezca..., y ya veremos después.

—Tendremos que encontrar un lugar donde pasar la noche —dijo Gabino poniéndose en pie e iniciando de inmediato el descenso.

—¡Coño, Gabino! ¡Espera un momento, no corras! ¡Que eres un *corricagas*! ¡Todavía es temprano! Tú eres más joven, pero a mí me falta el resuello.

—Bueno, vale..., ahora es de bajada y no nos costará tanto trabajo —le contestó Gabino deteniendo su premura—. ¡Vamos para allá!